

EDUCACIÓN SUPERIOR Y PROBLEMAS DE FORMACIÓN CIUDADANA

Autores:

Zila Isabel Esteves Fajardo

zilaistebes@hotmail.es

Universidad de Guayaquil

Norma Narcisa Garcés Garcés

norma.garcesg@ug.edu.ec

Universidad de Guayaquil

Lucía Concepción Tandazo Díaz

luciconcep@gmail.com

Universidad de Guayaquil

RESUMEN

El propósito de la universidad debe basarse en el concepto de ciudadanía más que en la promesa de mayores ganancias futuras y trabajo de consultoría de investigación. Sin embargo, esta concepción de la ciudadanía debería ser republicana en lugar de liberal. Las instituciones ecuatorianas de educación superior han sufrido a manos de mecanismos destinados a promover la rendición de cuentas. El concepto de rendición de cuentas ha socavado la autoridad legítima de la universidad. A medida que aumentan las presiones de los honorarios de los estudiantes, la austeridad fiscal y los mecanismos de rendición de cuentas socavan aún más la ética de la erudición, la idea de la universidad necesita recuperar su propósito central para evitar el privatismo cívico.

INTRODUCCIÓN

El pensamiento político moderno muestra una tendencia a hacer una distinción entre ciudadanos y estado (con una etapa intermedia de "sociedad civil"). Pero, si recordamos a Aristóteles, sabemos que los ciudadanos son los que están en condiciones de obedecer y gobernar. La ciudadanía, por lo tanto, implica participación activa, no a través de una sociedad civil que se encuentra debajo del estado, sino más directamente: a través de la posesión de la oficina, así como más o menos tácitamente, obedeciendo las leyes hechas por todos los ciudadanos en común. Ignatieff nos recuerda que:

La virtud cívica, la disposición cultural adecuada a la ciudadanía tenía entonces dos años: una voluntad de dar un paso al frente y asumir las cargas de oficina pública; y

segundo, la voluntad de subordinar el interés privado al requisito de la obediencia pública. Lo que Aristóteles llamó el "temperamento correcto" de un ciudadano era, por lo tanto, una disposición para poner el bien público por encima del interés privado (Ignatieff, 2016), p.56).

En gran parte debido a la influencia abrumadora de la idea universalista y liberal del ciudadano, la importancia de la virtud cívica y su desarrollo se subestima. Pero, en términos de un aspecto político para la educación, es esta idea de desarrollar la virtud, de algún tipo, que ha conectado con mayor frecuencia las teorías políticas y educativas. Ejemplos destacados incluyen el pragmatismo de John Dewey, el liberalismo de JS Mill o la democracia participativa de Jean-Jacques Rousseau. Ejemplos menos frecuentemente citados podrían incluir el conservadurismo de Oakeshott, el enfoque de Hegel sobre Bildung en relación con la educación (Jessop, 2015), p.29) o la teoría crítica de Habermas.

La idea aristotélica de ciudadanía, que combina, a la vez, gobernar y ser gobernada, no es, sin embargo, el único modelo de ofensa. La versión platónica de la ciudadanía, por ejemplo, establece una clara distinción entre gobernantes y gobernados. Esta idea, y variantes similares, condujeron a una concepción de la educación cívica que pone énfasis en la necesidad de inculcar, por una parte, una capacidad dentro de la ciudadanía de elegir líderes de manera efectiva y, por otra, fomentar la lealtad política. Eamonn Callan escribe que:

La eficacia de las instituciones representativas para elevar al gobernante a un cargo político y proteger al gobernado depende de lo que hagan los ciudadanos ordinarios en esa esfera de participación política, por modesta que sea, que conlleva la representación. La supuesta superioridad de la aristocracia democrática sobre la vieja aristocracia requiere que los ciudadanos tengan la capacidad de "discernir el talento y el carácter de los candidatos que compiten por el cargo, y evaluar el desempeño de las personas que han logrado el cargo" (Callan, 2017) p. 110).

Pero Callan aquí se olvida a sí mismo. Ahora quiere negar que ese juego democrático es, en sí mismo, un proceso educativo. La capacidad de jugar este juego de ciudadanía con destreza proviene tanto de la práctica como de alguna enseñanza anterior en las reglas del juego. Si los ciudadanos viven en una cultura política abierta que fomenta el juego democrático, la mayoría finalmente aprenderá a jugar bien. Además, los participantes ineptos aquí no son los que no distinguen correctamente los aristócratas de sus pseudo-partes contrarias. Nadie puede estar completamente seguro de esto. Pero quienes se niegan a participar en el juego son más propensos a ser ciudadanos democráticos pobres. Callan malinterpreta la idea de Walzer. El punto de deliberación anticipada y retro-reflexiva no es trazar la distinción platónica entre aquellos que son y aquellos que no son capaces de gobernar. Por el contrario, busca colapsar este dualismo. Como Walzer claramente lo dice:

La toma de decisiones vicaria precede y sigue la toma de decisiones real. En nuestras mentes, si no en realidad, nos apropiamos del ideal aristotélico: gobernamos y somos gobernados a su vez. Nosotros decidimos y nosotros (generalmente, pero no siempre) acatamos las decisiones de los demás. No es el caso, entonces, como han argumentado los escritores elitistas, que los ciudadanos simplemente reafirman o rechazan a sus líderes a intervalos periódicos. El estudio de la política debería tener este propósito: debería ayudar a los ciudadanos comunes a reflexionar sobre los asuntos más importantes del estado. Debe preparar a los líderes, aspirantes a líderes y líderes vicarios, lo que quiere decir que debe prepararnos a todos, para el negocio democrático de tomar posturas y moldear las políticas (Walzer, 2015), pp. 159-60).

A través de un proceso dialógico de este juego democrático, los ciudadanos aprenden a ser mejores ciudadanos. Aprenden a tomar una decisión sobre cuestiones políticas destacadas del momento y a tomar decisiones. Este juego democrático, sin embargo, no enseña a los ciudadanos a discriminar entre gobernantes y gobernados. Más bien, la toma de decisiones vicaria es un acto de ciudadanía en sí mismo. Implica lo que Hannah Arendt llamó isonomía, o igualdad política formal en términos de una capacidad de acción.

Ahora bien, en una cultura cada vez más despolitizada es precisamente este tipo de "habilidades", o más bien disposiciones, que las universidades (y las escuelas) deberían alentar en su enseñanza, y no simplemente centrarse en las habilidades que los funcionarios y empleadores de carrera consideran apropiadas el momento. Si la sociedad debe describir ciertas habilidades como 'habilidades clave', seguramente las más relevantes son aquellas que nos permiten comprometernos como ciudadanos. Esto significaría, en términos prácticos, una comprensión de, y una capacidad para usar, la retórica, la lógica, la gramática (el Trivium como se conocía en la universidad medieval) y las capacidades críticas. Pero las habilidades formales por sí solas no son suficientes, porque también se requiere cierto sentido de los deberes de los ciudadanos hacia los demás, así como una comprensión del mundo en el que viven las personas. Michael G. Gottsegen lo resume de manera sucinta:

Según una explicación, la necesidad primordial es equipar a los jóvenes de hoy con las habilidades prácticas que serán necesarias en el mundo de mañana. Especialmente en un mundo que está cambiando tan rápido como el nuestro, se argumenta, no tiene mucho sentido transmitir conocimiento que rápidamente se vuelve obsoleto, una pedagogía orientada a las habilidades que no se compromete al mismo tiempo a obligar a los hombres a su pasado, y por lo tanto a su mundo, constituye un peligro para ese mismo mundo del que los defensores de las habilidades "relevantes" se creen a sí mismos inteligentes enmarcados dentro de la verdad absoluta. Más importante que impartir habilidades es impartir un sentimiento de mundanalidad y

preocupación mundial, que la enseñanza de habilidades por sí sola no servirá para inculcar (Gottsegen, 2017), p.112).

El republicano, además de una comprensión del mundo, requiere una artillería de habilidades para involucrarse en el ámbito agónico de la política; el ciudadano liberal puede invocar un conjunto de derechos y deberes políticos y civiles otorgados por el estado. Este último ciudadano parece políticamente pasivo, el primero parece activo. Sin embargo, el ciudadano republicano está activo en la esfera pública solo en la medida en que ya es libre. Ignatieff escribe que:

Como Aristóteles suponía que la discusión política era un ejercicio de elección racional del bien público, también suponía que las únicas personas aptas para tal ejercicio eran aquellas capaces de una elección racional. Y los únicos capaces de elección racional eran aquellos que eran libres. Las criaturas dependientes no podían ser ciudadanos: los esclavos, los que trabajaban por un salario, las mujeres y los niños que estaban sujetos a la autoridad de la economía doméstica estaban excluidos de la ciudadanía. Los dueños de propiedad de hombres adultos eran las únicas personas con personalidad cívica (Ignatieff, 2016), p.56).

La ciudadanía siempre ha sido una categoría excluyente: el ejercicio de la elección política y la toma de decisiones requiere una mente independiente, y esto a su vez requiere independencia material y social. Propiedad que garantiza independencia y racionalidad libres de preocupaciones materiales. Entonces, aunque existe una clara contradicción entre un modo republicano de ciudadanía basado en la propiedad y su contraparte liberal basada en los derechos, también podemos ver restricciones tan estrictas en las ideas de los liberales como Locke que vio los derechos como basados en la propiedad relaciones. Sin embargo, la visión republicana es más que una defensa de la propiedad o el privilegio de género. La ciudadanía exigía ciertos prerrequisitos intelectuales, sociales y económicos para un buen juicio en el ámbito de la política. Además, como señala Ignatieff, la propiedad requerida para la ciudadanía se desembarcó, en lugar de tener activos móviles. Como tal, los ciudadanos propietarios también tenían un interés patriótico en la estadística. El punto, sin embargo, es que la libertad política no se mantuvo independiente de las capacidades cognitivas, el estatus y la riqueza material. En la tradición republicana cívica, la burocracia jurificada era anacrónica. Las oficinas se rotaron entre los ciudadanos, el establecimiento de una burocracia permanente se resistió porque esto podría invitar a una separación de especiales intereses burocráticos en oposición al interés público. Esto explica por qué la tradición republicana desconfía del concepto de sociedad civil, informada, pero también dominada, por el Estado. Para los republicanos, la ciudadanía es autogobierno, tomada por turnos por miembros de una comunidad coherente. Siendo el objetivo de esta investigación el análisis de la educación superior y los problemas de formación ciudadana

DESARROLLO

Ciudadanía y educación universitaria

La erosión de los vínculos cívicos se demuestra en el caso de un sistema de educación superior que toma la capacitación eficiente para el empleo futuro de los estudiantes como su objetivo principal. Los estudiantes ya no reciben una educación redondeada y civilizadora:

. . . solo el 2.6 por ciento de los estudiantes ecuatorianos se especializa en inglés. Casi la mayor cantidad en catering, ciencias y administración hotelera. Las figuras ecuatorianas se dirigen en la misma dirección. Puede o no ser bueno enseñar a los jóvenes el arte del control de las porciones, o darles diplomas en las artimañas de la publicidad, pero tales estudiantes no se están volviendo contra la civilización occidental. Están siendo entrenados sin pestañear para tomar su lugar en la sociedad de consumo moderna que para encontrar un escepticismo decente acerca de la civilización occidental les haría bien, la formación profesional no es suficiente para toda la vida. No es exactamente una novedad que los políticos cometan fraude, arrojen a los trabajadores a la calle de manera innecesaria, sacrifiquen la producción por manipulación financiera y se porten tan mal. Si se comportan mal porque han sido mal entrenados, lo que les falta no es un entrenamiento en técnicas analíticas, sino un sentido de los deberes de los poderosos y los hábiles a los poderosos y los menos inteligentes (Ryan, 2015) pp. 154). -5).

La queja de Veblen sobre los financieros es premonitoria, pero una educación "vocacional" generalmente no es nada por el estilo. ¿Cuántos de los estudiantes y graduados de estos cursos realmente tienen un llamado para la administración pública? Los cursos vocacionales son simplemente aquellos que apuntan hacia una capacitación para una carrera futura. Irónicamente, por supuesto, tales cursos basados en la carrera profesional han florecido precisamente al mismo tiempo que la idea de una carrera, en el sentido de participación en un empleo profesional no interrumpido, está desapareciendo (Williams, 2017), pp.52-3).

Si bien aún es posible concebir y esperar una carrera legal o la vocación del sacerdocio con una confianza razonable, por ejemplo, no podemos aspirar a una carrera en política, ni en televisión, ni siquiera en administración hotelera con el mismo grado de confianza. Realmente tiene sentido hablar de una carrera política en retrospectiva. Una formación universitaria formal es un requisito estricto para los abogados; no es para productores de televisión, periodistas o políticos. La capacitación formal puede ser de alguna manera útil, pero esto solo significa que podemos llamar a esa capacitación 'vocacional' en el sentido más vago. Intuitivamente, entonces, parece tener más sentido pensar en una carrera en retrospectiva. Si la noción de una carrera como progreso ininterrumpido ya no puede confiarse en general, entonces parece extraño que la educación, y la educación superior de manera más marcada, se hayan vuelto mucho más orientada hacia la carrera. Se podría

argumentar que la educación universitaria se ha ido integrando gradualmente en el marco más amplio del estado de bienestar mediático. Después de todo, el estado de bienestar proporciona a los ciudadanos que necesitan asistencia, pero la necesidad de esto debería desaparecer si educamos y capacitamos a los ciudadanos para que se puedan mantener a sí mismos, generalmente a través del empleo. En este sentido, una educación universitaria orientada hacia el empleo futuro le permitiría al estado retroceder de sus responsabilidades para proporcionar derechos sociales más amplios.

La universidad instrumental se ha convertido en una herramienta para proporcionar mercados laborales más eficientes, donde la educación vocacional genera un campo de juego supuestamente nivelado que permitirá al estado retirarse de otras formas de provisión de bienestar, como el subsidio de desempleo, permite a los empleadores retirarse del trabajo y la capacitación y propone que el estudiante individual sufra la mayor parte de los costos. Esta promesa credencialista, sin embargo, de un boleto a una carrera, es un comercio nacido de la desesperación. El título parece atractivo porque el empleo es cada vez más precario.

La transición hacia una idea más instrumental de la universidad se inició a fines del siglo XIX, cuando la ciencia se convirtió en un medio de acumulación de capital mediante la aplicación de descubrimientos en los campos de la física y la química a la producción de mercancías. Esto fue el resultado de los avances en la ciencia misma pero también debido a una mayor voluntad de parte de los capitalistas de invertir en investigación y desarrollo, un espíritu que se vio favorecido por una mayor competencia industrial y un nivel suficiente de capital excedente. Este desarrollo industrial creó una demanda de educación científico-técnica que se complementó con la racionalización de la administración estatal que complicó la demanda de tecnócratas. Tony Smith explica:

El objetivo de una educación universitaria ya no era la formación del personaje. En lugar de estar orientada hacia el ideal de Bildung [auto-formación], la universidad ahora tenía el objetivo de producir personas capaces de descubrir y aplicar conocimiento técnicamente utilizable. Ya no era el ideal el humanista completo de la Universitas litterarum. En cambio, el ideal se convirtió en el especialista, uno quien se concentró en un área particular y fue capaz de producir conocimiento causal de las regularidades de ese reino de objetos (Smith, 2016), p.196).

Pero, aunque el ideal estaba relacionado con el especialista, esto se combinó con la idea de que todos podemos ser especialistas porque la lógica en este caso era producir una banda de investigadores capacitados capaces de hacer una mayor eficiencia. Ahorrar o encontrar o crear nuevos mercados para bienes y servicios. No se puede afirmar que la educación superior siga siendo exclusiva de una élite. En cambio, se ha convertido en una agencia entre otras encargadas de aumentar las oportunidades de las personas. Y la oportunidad,

porque está concebida de una manera estrictamente materialista, es sinónimo de producción y consumo: oportunidades de trabajo, perspectivas de carrera y potencial de ganancias. Esto es más evidente en las nuevas áreas temáticas: estudios de ocio y turismo; periodismo; diseño de moda; administración de empresas (pero que podría también incluir cosas como los estudios de educación también). Ronald Barnett señala que estos:

Las nuevas formas de estudio no son meramente operacionales sino que tienen un carácter instrumental. Es decir, están diseñados para producir efectos técnicos en un mundo dado por sentado (o parte del mismo). Están contruidos en torno a un interés técnico en el mundo en el que el mundo es objeto tificado y externalizado, y se entiende que es un vehículo adecuado para las operaciones instrumentales que se realizarán sobre él. Se puede decir que la acción que hacen es crítica, pero su componente crítico se detiene en el nivel instrumental. Es una acción crítica que acepta el mundo en gran parte como dado y busca producir operaciones más efectivas dentro de él. Las transformaciones son totalmente aceptables siempre que produzcan una mayor rentabilidad, potencia y seguridad (Barnett, 2016), p.79).

Sin embargo, se podría sugerir que esto no es nada nuevo. Las universidades, en su forma medieval, fueron, después de todo, sobre la capacitación para las profesiones de élite de la ley, la medicina y la administración pública. Pero Barnett argumenta que el vínculo entre la universidad y el trabajo era completamente diferente en el período medieval. Él se refiere a Basil Bernstein en este punto:

El currículum medieval podría contener, en las escuelas públicas, un carácter operacional, pero no fue instrumental. Los estudios no solo estaban enmarcados en el currículo más amplio del Trivium (gramática, lógica y retórica) y el Quadrivium (aritmético, astronomía, geometría y música), sino que el Trivium, "como exploración de la palabra", tenía prioridad sobre el Quadrivium, 'como la exploración del mundo'. 'La construcción del interior fue la garantía para la construcción del exterior. En esto podemos encontrar el origen de las profesiones. Pero hemos estado viendo el abandono del mundo interno, excepto que el mundo interno está encontrando su camino de regreso en la forma de un control instrumental del yo por el yo (en otras palabras, autocontrol). Como resultado, 'el conocimiento, después de casi mil años, es divorciado de la interioridad y literalmente deshumanizado " (Barnett, 2016), p 79).

El conocimiento, sin embargo, también está divorciado de una forma pública de exterioridad. Una vez que el conocimiento adquiere un valor instrumental privado, un valor sin valor público, también se deshumaniza porque excluye la posibilidad de acción. Lo externo, se debe notar, desarrolla lo interno, el Quadrivium construye nuestra comprensión del Trivium. Los valores privados e instrumentales vinculados al conocimiento frenan los valores de la vida activa, externos orientados al público. Es aquí donde la ciudadanía, los ingresos y la

educación se unen. Se nos considera ciudadanos en la medida en que podemos participar en la vida social, y la vida social ha llegado a significar, para muchos, poco más que producción y consumo. Y entonces la buena ciudadanía pierde sus lazos con las ideas tradicionales de virtud y mundanalidad. En cambio, la virtud es demostrada por los significantes seculares: lo que podemos consumir, y las cosas que consumimos se determinan principalmente por lo que ganamos, y cómo lo ganamos, ya que el tiempo de ocio también se requiere para consumir. Lo que ganamos ha sido, en el pasado, determinado en gran medida por los antecedentes educativos (o más bien lo que ganamos estaba determinado por el trasfondo de clase y esto se correlacionaba con el trasfondo educativo), y así, sigue, algún tipo de flujo entre el los papeles de la ciudadanía, el empleo y la educación pueden esperarse.

Por supuesto, esto es completamente contingente. La idea de que aquellos con más bienes materiales viven vidas más plenas es precisamente la desigualdad que la democracia intenta resolver. Lo que tenemos es un estado democrático que refuerza este mensaje que celebra el consumo y fomenta la justicia a través del fomento de lo que llama una "meritocracia". Sin embargo, el mérito recompensado en este sistema es el que corresponde con el status quo. Esto quita la voz crítica de la disidencia y nos deja como ciudadanos más limitados. Como ciudadanos, podemos participar en la vida de la sociedad, pero no podemos presentar un desafío político al mundo que habitamos y la corrupción de los bienes que valoramos. En resumen, y en términos Arendtianos, la idea de ciudadanía ha cambiado desde un significado político a uno social.

En nuestra comprensión más bien empobrecida de la educación superior, el aprendizaje es productivo, ya que se considera como una inversión que pagará dividendos en términos de ganancias futuras, o es consuntivo, en el sentido de que es como una actividad pausada, una especie de alta frivolidad mental. Pero esto es confundir educación para entrenamiento o entretenimiento. Mientras que la educación, sostiene Arendt, pertenece al reino del mundo, la capacitación y el entretenimiento se relacionan con la vida. La educación introduce a los alumnos en el mundo, les enseña a cuestionarlo en un proceso de transformación, y la educación garantiza la continuidad del mundo. La capacitación y el entretenimiento, por otro lado, son bienes de consumo, destinados a agotarse ambos son necesarios para la vida, para su preservación y recuperación, y ambos se desvanecen en el curso del proceso de la vida; es decir, ambos deben producirse constantemente de nuevo y ofrecerse de nuevo, no sea que este proceso cese por completo. Los estándares por los que se debe juzgar son la frescura y la novedad, y la medida en que usamos estos estándares hoy para juzgar también los objetos culturales y artísticos, cosas que se supone que permanecen en el mundo después de que lo hemos dejado, indica

claramente hasta qué punto la necesidad de entretenimiento ha comenzado a amenazar el mundo cultural (Arendt, 2017), p.286).

Aquí, Arendt compara los ámbitos mundanos de la cultura y el arte con el negocio de las ganancias y el entretenimiento. Pero el punto pertenece igualmente a la educación. En un apuro por brindar igualdad de oportunidades, ampliar la gama de grupos que participan en la educación superior y conectar los indicadores de eficiencia con la docencia y la investigación, hemos olvidado los propósitos de la educación en general, y la educación superior específicamente. A medida que la educación superior se ve sometida a presiones fiscales de austeridad, la necesidad de recordar esos propósitos es urgente.

La educación superior no debería ser necesaria para desarrollar virtudes democráticas básicas, como la tolerancia, el decir la verdad y la predisposición a respetar a los demás. Lo que las universidades pueden hacer, sin embargo, es alentar el tipo de toma de decisiones vicaria defendida por Walzer. Como lo dice Gutmann: Aprendiendo a pensar cuidadosa y críticamente sobre problemas políticos, a articular los puntos de vista y defenderlos antes que las personas con quien discrepa es una forma de educación moral a la cual los adultos jóvenes son más receptivos [que los niños pequeños] y para la cual las universidades son adecuadas (Gutmann, 2016), p 173).

CONCLUSIONES

Pero lo que se enseña no es el único factor directamente relevante. Porque la idea de la ciudadanía democrática no solo ofrece una plataforma desde la cual criticar la naturaleza vocacional de gran parte de lo que se enseña en las universidades, sino que también ofrece una defensa de la autonomía institucional y académica. Los académicos pueden (a veces) ser considerados como una categoría especialmente importante de ciudadanos:

El control de la creación de ideas, ya sea por mayoría o por una minoría, subvierte el ideal de la reproducción social consciente en el corazón de la educación democrática y la política democrática. Como santuarios institucionales para la investigación académica gratuita, las universidades pueden ayudar a prevenir dicha subversión. Pueden proporcionar un ámbito donde las ideas nuevas y no ortodoxas se juzgan según sus méritos intelectuales; donde los hombres y mujeres que defienden tales ideas, siempre y cuando los defiendan bien, no son extraños sino miembros valiosos de una comunidad. Las universidades por lo tanto sirven a la democracia como santuarios de la no represión. Además de crear y financiar universidades, los gobiernos democráticos pueden promover este propósito primario de la educación superior de dos maneras: respetando lo que comúnmente se llama la "libertad académica" de los académicos, y respetando lo que podría llamarse la "libertad de la academia" (Gutmann, 2016), pp. 174-5).

La libertad académica no es ni un derecho de ciudadanía ni un derecho contractual de los empleados de la universidad, aunque se expresa más obviamente a través de la permanencia académica permanente (Shils, 2015), pp. 80-82). Es el objetivo democrático de la universidad, y no los contratos celebrados entre empleadores y empleados, lo que fundamenta la libertad de los académicos.

El núcleo de la libertad académica es la libertad de los académicos para evaluar las teorías existentes, las instituciones establecidas y las creencias ampliamente aceptadas de acuerdo con los cánones de verdad adoptados por sus disciplinas académicas, sin temor a ser sancionados por nadie si llegan a conclusiones impopulares. La libertad académica permite a los académicos seguir su juicio autónomo donde sea que los conduzca, siempre que permanezcan dentro de los límites de los estándares académicos de ingesta (Gutmann, 2016), p. 175).

A cambio de esta libertad, los eruditos tienen el deber de observar las bases de investigación académicas. Descuidar esto haría que la libertad del erudito fuera indistinta de las libertades de expresión más generales que tienen todos los ciudadanos. Para ser real, es precisamente una difuminación de estas categorías que ocurre cuando un académico asume el papel de un consultor.

Una forma, entonces, de que podamos evaluar la disminución de la libertad académica sería a través de la creciente expectativa de que los académicos se comporten como consultores, y, en consecuencia, la creciente prevalencia de contratos temporales de empleo temporal para académicos. Por supuesto, la noción de que los académicos también pueden actuar como consultores refuerza la presión para mantener bajos los niveles de pago y para ofrecer empleo temporal. El mito en el que se nos anima a creer es que los buenos maestros y los buenos investigadores también podrán funcionar como consultores exitosos en el mundo real de los negocios. Raramente nos encontramos con que la educación, desde un punto de vista normativo, tiene como tarea la preservación del mundo, que implica un cultivo de la civilización, mientras que el "mundo real" de los negocios privados y la industria, de hecho, pertenece a un proceso de vida y en ocasiones causa un daño considerable al mundo en términos concretos.

Ahora bien, una de las formas que adopta la libertad académica es la de que los académicos puedan controlar el entorno educativo en el que tienen lugar la enseñanza y la investigación. La administración institucional de las universidades, sin embargo, varía entre culturas de maneras importantes.

Cuando observamos la administración de la educación superior ecuatoriano, vemos un cambio notable de un modelo de gobierno más o menos germánico a un sistema de gestión estadounidense (Salter, 2015). La diferencia crucial, sin embargo, es que en las instituciones ecuatorianas de educación superior, los administradores profesionales, el personal docente

e investigador con responsabilidades administrativas y los miembros laicos de los órganos rectores de las universidades se guían por las normas establecidas por los indicadores de desempeño determinados por el estado. Intentar reproducir un mercado, o al menos un entorno competitivo. El bien público de la universidad está contaminado, degradado y colonizado tanto por el estado como por el mercado.

El argumento gerencial contra los tipos de puntos que esboqué anteriormente afirma que la libertad académica es el lema al que apelan los académicos cada vez que se socava su autoridad. La educación académica, como dice el argumento, es un concepto que se aplica a la libertad de los estudiantes al igual que tanto como el personal académico. Por lo tanto, la libertad académica implica deberes para enseñar bien a los estudiantes. El gerencialismo de la cultura universitaria actual no es más que la consagración de este deber en los procedimientos de la facultad contra los intereses creados del personal académico. En respuesta a esto, se puede decir que obviamente existe la obligación de enseñar bien a los estudiantes, de operar una política de admisión justa, en la medida de lo posible, para evaluar el trabajo de los estudiantes de manera justa y precisa, para que los estudiantes puedan controlar lo que estudiar incluso. La libertad académica no es una libertad para proporcionar una enseñanza deficiente o una investigación deficiente. De hecho, es una libertad para hacer una buena investigación y una buena enseñanza, cualquiera que sea la forma que tome. El problema con el enfoque gerencialista es que sus procedimientos nunca se han redimido discursivamente en el argumento. Más bien, los indicadores de desempeño y las prácticas de trabajo han sido transmitidos por el estado a los administradores de nuestras universidades con base en normas comerciales (Kedourie, 2016), pp. 27-34 que (generalmente) consideran a los estudiantes y sus familias consumidores que demandan educación superior. Por supuesto, esto niega la autoridad legal del personal académico sobre sus estudiantes, lo cual no significa que los estudiantes no tienen derecho a la libertad académica, sino que la mejor manera de cumplir con la libertad académica es a través de procedimientos establecidos, aunque siguen siendo falibles por los participantes: la comunidad académica (y no solo sus gerentes), el estado y el público en general.

“Con respecto a la ciudadanía, sin embargo, las universidades no solo ayudan a crear ciudadanos a través de la enseñanza de estudiantes, sino que también, a través de la libertad académica del personal docente, ayudan a liderar el debate político en direcciones nuevas, viejas u olvidadas. La autonomía de la universidad moderna tiene sus raíces, como la idea del ciudadano activo, en la protección de la democracia contra la amenaza de dominación. Las libertades académicas de académicos y universidades protegen contra la represión política para todos los ciudadanos, no solo para los académicos. Esto es precisamente porque la búsqueda racional de la verdad está en el corazón del ejercicio intelectual.”

Pero la libertad de los académicos de la facultad no tiene que ser directamente afectada para infringir la libertad académica de las universidades. Es fundamental para entender esta idea de que una comunidad académica de académicos crea sus propios estándares académicos. Las sociedades democráticas pueden "fomentar la libertad general de reproducción social consciente dentro de la política fomentando la libertad particular de defender ideas impopulares dentro de las universidades" (Gutmann, 2016), p.177). Esto marca la diferencia entre el populismo y la democracia. Podemos, y debemos, defender ideas impopulares si estas ideas cumplen con otros estándares de legitimidad. En este caso, significa cumplir con los estándares de mérito académico. Socavar la libertad académica significa socavar una importante distinción entre democracia y populismo. Entonces, la libertad académica (desde los mecanismos de rendición de cuentas y el fomento del compromiso cívico) es importante para la ciudadanía democrática porque sirve como bloque a una forma de tiranía bastante insidiosa. La universidad académica, es decir, la verdadera universidad, proporciona un espacio para la acción en el que los estudiantes y los académicos comparten una ética pública y cívica y apoya a estudiantes y académicos en sus incursiones democráticas en el ámbito público. La realidad empírica obsesionada, marcada y performativa de las universidades en el siglo XXI, puede hablar de una participación cada vez mayor, pero el sistema jerárquico que representan solo refuerza la desigualdad de los ciudadanos (Delbanco, 2016) p.135). En el nivel normativo, sin embargo, la universidad, en la medida en que apoya y fomenta una concepción republicana, mundana y activa de la ciudadanía, tanto en la enseñanza como en la investigación debe considerarse como un bien público, solo guiado por normas de mercado marginales. Solo dirigido por la burocracia estatal de forma periférica. La resucitación de la autoridad de la universidad depende de tal integridad académica.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2017). *Between Past and Future* . Harmondsworth: Penguin.
- Barnett, R. (2016). *Higher Education: A Critical Business* . Buckingham: Society for Research in Higher Education and Open University Press.
- Callan, E. (2017). *Creating Citizens: Political Education and Liberal Democracy*. Oxford, : Clarendon Press.
- Delbanco, A. (2016). *College: What it Was, Is and Should Be s*). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gottsegen, M. G. (2017). *The Political Thought of Hannah Arendt* . Albany, NY, : SUNY Press.
- Gutmann, A. (2016). *Democratic Education Habermas*. Princeton, NJ, : Princeton University Press.
- Habermas, J. (2015). *Between Facts and Norms: Contributions to a Discourse Theory of Law and Democracy* . Cambridge: Polity Press.
- Ignatieff, M. (2016). *The Myth of Citizenship, in: R. Beiner (ed.) Theorizing Citizenship*. Albany, NY,; SUNY Press.
- Jessop, S. (2015). *Education for Citizenship and 'Ethical Life': An Exploration of the Hegelian Concepts of Bildung and Sittlichkeit*, . *Journal of Philosophy of Education*, 46.2, pp. 287–302.
- Kedourie, E. (2016). *Perestroika in the Universities*. London: Health and Welfare Unit.
- Ryan, A. (2015). *Liberal Anxieties and Liberal Education*. London: Profile Books.
- Salter, B. a. (2015). *The Politics of Governance in Higher Education: the Case of Quality Assurance, Political Studies*. Higher Education and Problems of Citizenship Formation.
- Sandel, M. (2016). *What Money Can't Buy: The Moral Limits of Markets*. London: Allen Lane.
- Shils, E. (2015). *The Academic Ethic in his: The Calling of Education: The Academic Ethic and Other Essays on Higher Education* . Chicago: University of Chicago Press.
- Smith, A. (2016). *The Role of Ethics in Social Theory*. Albany, NY: SUNY Press.
- Touraine, A. .. (2017). *What is Democracy?* . (Boulder, CO, Westview Press).
- Walzer, M. (2015). *Political Decision-Making and Political Education, in M. Richter (ed.) Political Theory and Political Education,*. Princeton, NJ, : Princeton University Press.

Williams, R. (2017). *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society* . London: Fontana Press.